

Transición a la democracia en México

Wilfrido Perea

Presidente del Centro de Investigaciones Sociales Interdisciplinarias (CISI)

Pocos términos tan utilizados, pero a la vez con tantos significados distintos, han sido empleados en los últimos años como la palabra transición.

La palabra refiere el pasar de un estado a otro distinto. Implica el momento en que se ha salido de un lugar para llegar a otro. Así, la transición implica movimiento, alude a un cuerpo dinámico, no en reposo.

Casi por costumbre se da por sentado que una transición política y social alude al paso de un régimen autoritario a uno democrático. Hasta allí el consenso. El problema viene al tratar de enunciar en qué momento de la transición se encuentra México. Al respecto existen varias posturas.

Existen discrepancias en cuanto al momento que comenzó la transición en México. Algunos la ubican en 1968, tras las movilizaciones estudiantiles; otros la sitúan en 1977, por la Reforma Política diseñada por Jesús Reyes Heródes, que permitió la inclusión de nuevos partidos, dotó al sistema de representación de nuevas reglas e impulsó una Ley de amnistía para presos y perseguidos políticos; otros más la fechan en la resistencia cívica de mediados de los años ochenta en las elecciones del norte del país; otros, en 1988 con la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas a la Presidencia del país por el Frente Democrático Nacional; otros con el primer triunfo panista en una gubernatura; otros con el levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994; otros con el asesinato de Luis Donaldo Colosio; otros con la creación del IFE y de las condiciones de imparcialidad electoral; otros más la fechan el 6 de julio de 1997, cuando Cárdenas gana las elecciones para gobernar la ciudad de México; otros más

recientes, afirman que la transición comenzó el 2 de julio de 2000.

¿En dónde estamos? Para unos la transición culminó con éxito cuando el sistema electoral permitió la alternancia en la Presidencia de la República. Para otros, la transición se encuentra en su proceso más vertiginoso con el mandato de Vicente Fox. Y también, aunque son menos, hay quienes consideran que la transición mexicana ha sido truncada, o al menos suspendida, por el errático estilo de gobierno de la actual administración, o bien por la escasa voluntad política para dirigir con éxito la última etapa que supondría la concreción de la efectiva democratización en México.

Pero más allá de onomásticos, es innegable que México se ha transformado de manera acelerada. Tan solo mirar la estructura formal de gobierno da cuenta de ello.

Hoy la Presidencia no es la institución de hace unos veinte años. No es sólo por el estilo a veces informal del actual mandatario. Tampoco ha cambiado el marco legal. La transformación se ha operado desde fuera, en aquellas facultades extra legales con las que contaba el primer mandatario. Hoy dispone de menos recursos y es más fiscalizado; la administración pública no es el botín personal de nadie; el presidente no controla a su partido, mucho menos a los otros poderes: el Congreso o a la Suprema Corte de Justicia; los medios de comunicación pueden cuestionar sus decisiones e incluso hacer mofa de él. Y no menos importante: México depende en gran medida de variables internacionales que el presidente no puede controlar.

Pero la Presidencia, objeto natural de las miradas de quien observa un sistema político y social que ha sufrido modificaciones, no es el único elemento que se ha transformado. Ha sido todo el sistema en su conjunto, pero sobre todo la sociedad mexicana.

Son cambios que a veces resulta difícil medirlos, pero que se perciben de manera cotidiana. La gente puede estar más informada de lo que pasa en su país y en el mundo, y la democratización de la información ha traído consigo la posibilidad de cuestionar los valores de autoridad tradicionales. Ello, por supuesto, ha traído ventajas, pero también inconvenientes.

La posibilidad de abordar cualquier tema en los medios de comunicación es, por ejemplo, hoy un asunto cotidiano. Hoy es el público quien selecciona los programas y sus contenidos, no algunos invisibles censores que tenían la facultad de decidir qué es lo que los mexicanos debíamos ver y escuchar. Pero esa misma libertad, paradójicamente no se ha transformado en mejores contenidos. Finalmente los medios son empresas, lucran con la información o el entretenimiento. El compromiso ético queda relegado al interés comercial. Su papel se ha transformado. Su enorme poder e influencia puede destruir la reputación y la carrera de cualquier personaje público. De allí al chantaje solo hay un paso. Los medios son empresas comerciales, y utilizan los medios a su alcance para incrementar su influencia.

Los empresarios, en todos los sectores, están conscientes de su papel protagónico. La liberalización comercial y política, ha provocado que se afirmen como uno de los grupos más poderosos en el país. Pero no son un cuerpo homogéneo. Existe una multiplicidad de intereses en ellos que la negociación se vuelve a veces imposible. Lejos están aquellos tiempos en los que se apelaba al compromiso de empresarios nacionalistas, los derrotados de la globalización han agudizado la voracidad de los intereses particulares. En México la llamada iniciativa privada, ni tiene mucha iniciativa, ni es tan privada, sino que ha logrado amalgamar sus intereses con la elite

